

dos números proporcionales de una gran parte de la ciencia que constituía el patrimonio de su casta. Si con razón se ha dicho que el calendario egipcio puede ser considerado como la reliquia más importante de cuantas procedentes de antiguos tiempos han alcanzado influencia en el mundo, es positivo que estos monumentos construídos sobre el plano más sencillo y más bello son para nosotros uno de los números fundamentales de la cronología egipcia.

La ciudad de las pirámides, Memfis, fué en el antiguo Egipto, como lo ha sido el Cairo en el moderno, celebrada por sus escuelas que pertenecían al templo de Ptah, de su hijo Imhotep y de otras divinidades. Algunos de los escritos redactados por los que en ellas se educaban han llegado hasta nosotros. ¿Cuál era la moral envuelta en las grandes ideas religiosas, única que podía dar gran valor á la intimidad de las creencias y á la prodigiosa actividad práctica de las mismas? Tengamos en cuenta que hablamos de 3.000 años antes de J. C. El premio y el castigo del eterno juez son las grandes fuerzas morales que se mueven por la falsa confianza que se tiene en las solemnidades externas de los sacrificios, en el cumplimiento de los preceptos, causándonos gran sorpresa el encontrar en este punto tan pocos indicios de vida y de desenvolvimiento. La Biblioteca de París posee un libro de papyrus que data de la quinta dinastía y en el que probablemente no se hizo más que escribir lo que muchos siglos antes había sido concebido. La simple existencia de un monumento literario en tan remota época (la Biblia resulta moderna comparada con este papyrus) constituye por sí sola un hecho memorable, cuyo valor sube de punto cuando se examina el contenido de este libro, puesto que lo que él enseña es la doctrina de una antigua civilización, de una humanidad sobradamente madura y completamente falta de ilusiones. Esta antigua obra es una especie de Código de decoro y de cortesía, un tratado de moral práctica que en nada supera á los puntos de vista de Confucio: no hay en ella el menor indicio de la doctrina de la abnegación y del sacrificio y sí únicamente reglas de prudencia, entre las cuales aparece en primer término la obediencia al gobierno dotado de una autoridad verdaderamente paternal. «El hijo obediente será feliz por su obediencia, alcanzará una edad avanzada y se conquistará el favor de todos.» ¿Cabe imaginar que naciera con Menes una sociedad que tan clara y tranquilamente podía juzgarse á sí misma? ¿Será resultado de una casualidad el hecho de que veamos reproducida en Confucio la misma doctrina moral? La literatura egipcia, por lo que de ella conocemos, es decir por lo que los que conocían la escritura consideraron digno de conservación, se nos presenta extraordinariamente vasta: respecto de su antigüedad, hay un hecho que arroja bastante luz y es el de que en un sepulcro de la sexta dinastía encontramos ya un administrador de la casa de los libros. La cronología presupone un índice de las estrellas y continuadas observaciones de los astros perceptibles á simple vista, especialmente de Sirius, así como un registro en donde tales observaciones se anotaran. Hasta nosotros han llegado trabajos sobre geometría, medicina y filosofía; en cuanto á la literatura poética su contenido y su forma son esencialmente religiosos aun en aquellas poesías que tratan algún asunto histórico. La antigua poesía de Ramsés II (Sesostris) que cuenta 3.200 años de antigüedad y que es indudablemente la obra más vieja de poesía épica que se conoce, tiene todo el carácter bíblico así por la grandiosidad de expresión como por el soplo religioso de que está impregnada: su forma nos recuerda también la épica

de los judíos, pues como ésta está dividida en versículos paralelos de dos en dos.

Los más trascendentales problemas de Egipto, como son el origen de su civilización y el de su pueblo, nos empujan nuevamente hacia el Sud y el Este de Asia. Un eslabón extremo de la cadena de las primitivas civilizaciones puede ser unido á los demás; por lo menos sólo presuponiendo esta unión puede explicarse el modo de ser del mismo. En el otro extremo de esta cadena encontramos otro territorio igualmente cerrado y con una civilización igualmente antigua (más, según algunos): nos referimos á China y á sus Estados hijuelas el Japón y la Corea. Engelberto Kampfer, para quien Budha no es más que un sacerdote de Isis desertor, no tiene la menor duda de que Egipto y China estaban unidos por estrechos lazos; otros autores, en cambio, han visto en China un desenvolvimiento independiente. Esta opinión, que tuvo su expresión en la apreciación que Peschel hizo de los chinos considerándolos como autodidácticos en contraposición con los europeos, «discípulos de naciones históricamente enterradas,» no sólo es antihistórica sino más bien antigegográfica como podemos demostrar brevemente.

Al buscar el principal carácter de la historia de la política y de la cultura chinas, como en Egipto, en el aislamiento en que se ha ido desarrollando el pueblo chino, obsérvase nuevamente el antagonismo que bajo este concepto existe entre los chinos y los habitantes de los países periféricos que se extendían al Oeste y al Sud del continente, antagonismo que Wietersheim ha puesto claramente de manifiesto cuando en la introducción del cuarto tomo de su Historia de las emigraciones de los pueblos ha dicho: «Allende el Belurtagh todo, tráfico y conquista, tendía hacia el Occidente lo propio los fenicios, que Nabucodonosor, que Ciro; aquende el mismo, contentábanse los pueblos con lo que tenían y de aquí que la civilización, fomentada por la naturaleza, se desarrollase entre ellos más prematura, rica y cumplidamente que en el mundo extranjero occidental; en cambio, como entre ellos no existían la rivalidad y el peligro, su cultura se mantuvo estacionaria como en la actualidad acontece todavía en China.» Otros autores, además de consignar estas excitaciones al tráfico que la naturaleza misma comunicaba á los países occidentales han hecho notar que para éstos son mucho más fáciles la colonización y propagación de distintos pueblos y el florecimiento de diversas civilizaciones. Aunque hubiese sido común el origen de las culturas aria, caldea y egipcia, la verdad es que más tarde se separaron y siguieron distintos caminos hasta que volvieron á encontrarse y poniéndose nuevamente en contacto se fecundizaron y procrearon nuevas civilizaciones en residencias nuevas, las cuales, á su vez, crecieron, influyéronse recíprocamente y crearon el terreno sobre el cual otros representantes de la educación espiritual se elevaron á nuevas alturas. Estas separaciones y re-uniones, estos fecundos encuentros que han entrelazado los más ricos hilos en el espléndido, fuerte é incesante tejido de nuestra cultura, no los encontramos en ninguno de los países del Este de Asia: nunca vieron los chinos á su lado un pueblo que ellos pudieran reconocer como á su igual y respecto del cual no pudieran considerarse muy superiores por razón de lo que habían conseguido. El Japón y la Corea no eran más que retoños de la civilización china. Algo análogo aconteció al Oeste con Egipto, pero éste nunca pudo mantenerse aislado mucho tiempo. Los chinos, los japoneses y los coreanos son los únicos pueblos en los cuales éste aislamiento ha podido resistir á los siglos de la his-

toria moderna manteniéndose firme hasta los tiempos actuales. Los mismos imperios de la India posterior, desde Birma hasta el Tonkín, estaban ya abiertos al trato extranjero cuando todavía los europeos llamaban en vano á las puertas de aquellos países del Este de Asia. Ese aislamiento ha influido poderosamente en todo cuanto han hecho los chinos y en parte también en su modo de ser. Sobre este particular, en vez de exponer la tesis quizás demasiado atrevida de Richthofen de que «así las excelencias como las faltas de los chinos se explican por este desenvolvimiento en el aislamiento y por el constante sentimiento de una superioridad espiritual sobre los demás pueblos de la tierra de ellos conocidos,» en vez de exponer esta tesis —decimos— podríamos estudiar las causas y circunstancias de ese aislamiento y buscar en este estudio una solución al problema de los comienzos y del origen de la cultura.

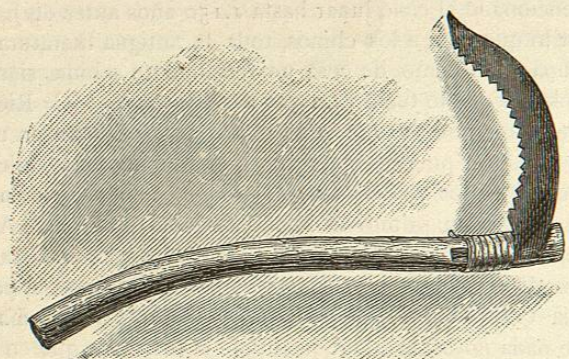
Empecemos por el modo de ser de este aislamiento que no con razón absoluta se coloca por encima de todas las consideraciones sobre el trato de pueblos de los chinos. Este fenómeno tan trascendental para la vida china tiene, por lo menos, una limitación en el tiempo, pues este pueblo no se aisló desde su origen ni cuando se aisló lo hizo con perfecta conciencia de lo que hacía. Hubo una época de animado tráfico entre el Oriente y el Occidente y esta época no es absolutamente prehistórica: más adelante, cuando nos ocupemos en los pueblos del Este del Asia, tendremos ocasión de estudiar la poderosa expansión de estos países más tarde cerrados á todo trato. En la existencia china hay grandes poderes de procedencia exterior que aunque no penetraron en China con pompa y con estrépito no por esto se infiltraron menos en su modo de ser; pero téngase en cuenta que procedían de fuera. En aquel cerrado país vemos al budhismo y al mahometismo crecer hasta convertirse en grandes potencias y al cristianismo hacerse más potente todavía. Si queremos seguir el proceso de la conexión de las civilizaciones del mundo antiguo, veremos que lo realmente importante en la civilización china no es el aislamiento sino la unión con otras culturas. Este aislamiento, conservando las antiguas heredadas conquistas de la civilización ó, por otro lado, transmitiendo sus propias creaciones á otros pueblos, nos permite esudriñar la esencia de relaciones relativamente más antiguas entre pueblos diversos, lo cual tiene para nosotros más importancia que conocer los efectos producidos por influencias aisladas en el humano espíritu tales como nos los ofrecen los miles de años históricos de China. No sólo en este caso especial sino en el estudio de cualquier círculo de cultura, aunque sea tan particular y tan perfectamente deslindado como el de Egipto, siempre vemos por encima de todos los grandes problemas que ese estudio nos ayuda á resolver la cuestión de sus conexiones y de sus relaciones, ese continuo dar y tomar en el flujo y reflujo de las corrientes de la civilización y del espíritu. En este punto el interés histórico especial se convierte en interés para la historia de la humanidad. Las demás cuestiones sólo tienen para nosotros una importancia preparatoria, pues únicamente las pesamos en lo que valen para preparar la solución de este problema dominante.

Al estudiar el tesoro común de la civilización se da con razón gran importancia á la notable concordancia de las ideas astronómicas que une entre sí al Este, al Sud y al Oeste de Asia, á los chinos, á los indios y á los árabes. La división común de la zona de las órbitas de los planetas en 27 ó 28 partes relacionadas con la complicada carrera de la luna en el firmamento y calificadas de estaciones ó paradas de la luna, es una prueba potísima de una antigua

comunicación de ideas que no se concibe sin suponer un trato entre los pueblos, porque el mundo planetario de esta zona deja ancho espacio al capricho para escoger las constelaciones que designan esas estaciones lunares. La citada división es, en lo esencial, tan idéntica en aquellos tres pueblos que los conocedores de la historia del ciclo lunar consideran absurda la suposición de una diversidad originaria. Créese que el ciclo lunar árabe es el que más se acerca á la que puede suponerse forma primitiva porque es el que en menos casos se separa de los demás; síguese en este concepto el chino y por lo que hace al indio es el que mayor número de particularidades ofrece. Pero por desgracia, del árabe es del que menos datos positivos tenemos y únicamente podemos juzgar de su antigüedad por el hecho de que en el Alcorán se habla de él como de una cosa de todos conocida. Entre los indios no vemos mencionado el ciclo lunar hasta 1.150 años antes de J. C.: por lo que toca á los chinos, toda la antigua literatura se ocupa de él como de cosa universalmente sabida, siendo probable que lo fuera ya 2.300 años antes de J. C. Richthofen cree posible que estas estaciones surgieran en uno de estos tres pueblos al propio tiempo que se transmitían á los otros dos y admite que el origen común de las mismas estuvo en primitivas residencias del interior de Asia desde las cuales, como tantas otras teorías, fueron transportadas á las más apartadas regiones asiáticas de la periferia. Quizás han ido demasiado lejos los que han afirmado que nada poseemos «que justifique la teoría de que en los primitivos tiempos existió un trato entre los pueblos como el que muchos siglos más tarde hizo surgir una civilización muy adelantada.» Ciertamente que los productos de una elevada cultura espiritual no atraviesan los desiertos y las estepas con la misma facilidad que los artefactos de la civilización material; pero ¿cruzó la agricultura, por ejemplo, el desierto que le negaba toda posibilidad de desarrollo más fácilmente que los antiguos rudimentos de la astronomía? Quizás en el curso de las descripciones de los pueblos de este país la vía marítima que se extiende alrededor de los bordes del Asia se nos presentará como el tercero y mejor medio para la formación de colonias civilizadas; mas en este momento creemos más importante consignar que el mismo Richthofen tan perito en la materia se inclina á creer que, excepción hecha de un primer cultivo incompleto del suelo y de la industria sedera, no han de buscarse en China los primitivos comienzos de la civilización china. ¿Dónde han de buscarse, pues? Esta cuestión tiene ya un carácter más secundario.

De la antigua geografía del Yukung deduce ese autor conclusiones no sólo acerca de la extensión y límites del antiguo Imperio chino sino también acerca del origen y de las vías de emigración de los chinos y encuentra que éstos inmigraron en el Imperio mucho antes de los tiempos de Yao y ateniéndose á varios indicios cree que anteriormente residieron en el Asia central en la región de los 40° de latitud, entre los 94 y 102 de longitud Oeste. En la época de Yao estas residencias todavía estaban unidas al Imperio siendo después abandonadas por haber empeorado el clima y haber sido invadidas por la arena y por los nómadas. La presencia de muchos nombres geográficos caracteriza á la comarca que se extiende desde aquí hasta el recodo que forma el río Hoangho en Singanfu presentándola como país perfectamente conocido; al Norte de estos territorios, en cambio, todo era para los antiguos geógrafos *tabula rasa*. De suerte que la emigración siguió aquella línea, es decir marchó á lo largo de la vertiente septentrional del Kueiün y remontó la corriente del Wei, convirtiéndose

dose el valle de este río en un segundo territorio de emigraciones radiales que desde allí se esparcieron siguiendo principalmente la dirección Este; de modo que el imperio de Yao no estaba formado por un gran territorio homogéneo sino que comprendía únicamente las llanuras y los valles de algunos grandes ríos. «Esta misma forma y este mismo carácter le hubiéramos supuesto nosotros si *a priori* y tomando por base la configuración del suelo hubiésemos tenido que indicar el camino más probable por el cual hubo de extenderse un pueblo agrícola procedente del Noroeste.» Y como los chinos han conservado siempre los mismos medios de extender su poderío, su actual difusión y su soberanía, interrumpidas aún por algunas comarcas montañosas, no son más que una reproducción en mayores proporciones de aquel anterior estado de cosas. Este sistema de conquista, sin embargo, difícilmente va unido á una adhe-



Hoz tártara (Museo para Etnografía, Leipzig).

rencia firme y poderosa; de ello nos ofrece frecuentes ejemplos la historia china de posteriores tiempos. La ulterior difusión de los chinos primero hacia el Norte y el Este y luego hacia el Sud no se realizó, pues, sin que con el tiempo perdiera este pueblo la consistencia que en el Oeste había tenido. Ya á principios de la dinastía Hsia perdióse el país situado al Oeste de las fronteras de la actual provincia de Kansú y por lo que hace á los territorios que en cambio de él adquirieron, los perdieron los chinos más tarde para recuperarlos definitivamente tras largo plazo. De cuán lentamente se realizó el proceso de la asimilación gradual de los pueblos allí sedentarios por medio de una civilización superior y de una administración fuertemente organizada y siempre atenta al fin que se proponía, de cuán lentamente se realizó este proceso del que todavía son hoy testigos Setschuán, Kueitschau y Jünnán, es buena prueba el hecho de que en tiempo de Confucio se habla aún de los «bárbaros de Hwai.»

Por lo demás, sea cual fuere la confianza que merezca la obra original del Yükung, la prueba sino del origen por lo menos de la cohesión y de la influencia que del exterior recibió la cultura china ha de buscarse dentro de aquella otra dirección en que más arriba hemos arrojado alguna luz sobre el antiguo patrimonio común de la cultura.

Algunos de los recursos propios de la civilización cuya conquista atribuye la tradición china al emperador Hwang Ti denotan un origen asiático occidental: este soberano mítico que lleva el sobrenombre de Nai ó Nak fundó, al igual que el dios susiano Nakhunte, un ciclo de 12 años é instituyó el año de 360 días dividido en doce meses y uno bisiesto, cuyos nombres tenían el mismo significado que en la antigua Babilonia. El observatorio astronómico que construyó recuerda las obras análogas de los babilonios;

con estos asiático-occidentales tan versados en la ciencia celeste compartió la antigua China no sólo la predilección por la astroscopía sino también el encadenamiento de la misma como astrología con las cosas de la vida. De todos los pueblos actuales el chino es el más influido por la astrología y el único representante de la opresora preponderancia que esta ciencia de la superstición alcanzó desde muy antiguo en la Mesopotamia. También los chinos conocen cinco planetas cuatro de los cuales llevan los mismos nombres que con igual significado tuvieron en Babilonia, hallándose el pueblo chino envuelto en un tejido de presagios y de profecías de carácter más bien oeste que este-asiático. Pocas noticias tenemos acerca de la religión de estos antepasados, pero la presencia de un Schangti á quien se hacen sacrificios como ser supremo, al paso que se ofrecen también, aunque con el carácter de secundarios, «á los seis venerados, á las montañas, á los ríos y á toda la legión de espíritus,» nos recuerda que en los textos susiánicos figuran debajo de la divinidad suprema seis dioses de más baja categoría. Y aun cuando la narración del gran diluvio puede derivar de algún desbordamiento del Hoangho como los que con tanta frecuencia ha presenciado la historia, no puede desconocerse que tiene muchos puntos de contacto con la leyenda bíblica del diluvio nacida en Mesopotamia. El gran Yu que encauza nuevamente las aguas atravesando sin darse punto de reposo el país y pasando tres veces por delante de la puerta de éste sin penetrar por ella, tiene su homónimo en una serie de emanaciones de la idea fundamental de un dios de segundo orden que completa la creación ó restablece en su pristino estado las cosas que se han salido de su corriente natural.

Los chinos son un pueblo agricultor que despliega en esta rama de la actividad humana una energía y un exclusivismo que ningún otro nos ofrece. En sus antiguas crónicas se mencionan con frecuencia los «seis frutos del campo» que se consideran como base fundamental de la agricultura y que son: tres clases de mijo, el arroz, la cebada y las judías en su mayor parte oriundos, al decir de los botánicos, de las comarcas occidentales y meridionales de Asia. Otras clases de cereales que hoy se cultivan en China ó han sido posteriormente importadas, como el maíz y el trigo sarracénico, ó bien, como sucede con la avena en los territorios septentrionales de China, aparecen en tan limitada extensión que hacen el efecto de haber sido muy tardíamente introducidos. El centeno parece haber sido completamente desconocido por los chinos: respecto del trigo nada puede decirse con seguridad. Por regla general los chinos están, al parecer, todos de acuerdo en reconocer como posesión originaria de sus antepasados en punto á cereales los citados «seis frutos del campo.» En pro de la teoría que supone á los chinos procedentes de países extranjeros hay quizás que tener en cuenta que ciertos elementos de la escritura china indican un sistema de agricultura distinto del que más tarde se siguió en las regiones del Norte de China y en los territorios bajos del Yantse fecundados por las abundantes y casi tropicales lluvias de estío: en los más antiguos signos ideográficos encontramos para una porción de objetos comunes ciertas referencias con el agua, con los fosos, con el riego, etc., «de lo cual puede deducirse — dice Richthofen — que el agua tuvo en las antiguas residencias tanta importancia como pueda tener entre los habitantes de los oasis de riego cuya existencia depende por completo de este elemento.»

CAPÍTULO II

EL NOMADISMO DE LOS PUEBLOS PASTORES

«E Ismael creció, habitó en el desierto y fué un buen saetero.»

GEN. XXI.

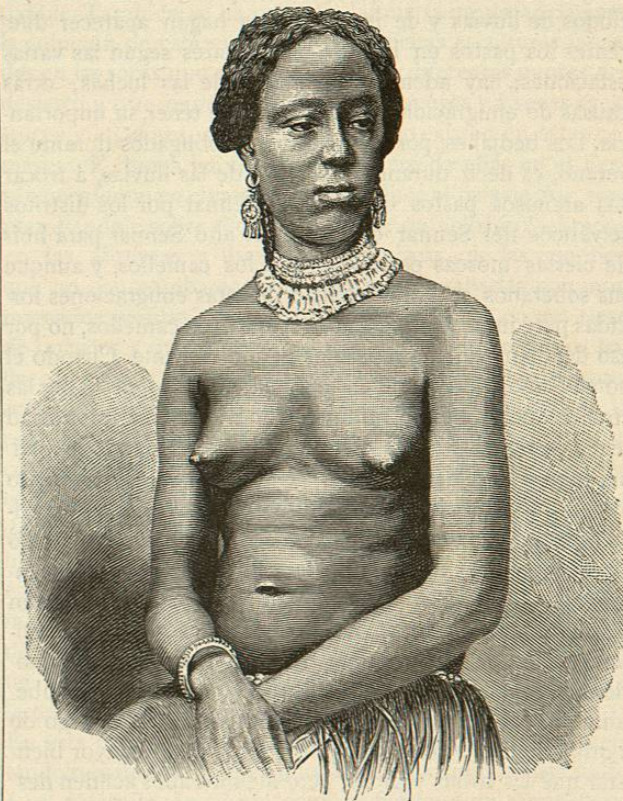
La zona de estepas. — Encadenamiento de los territorios nómadas y civilizados. — Suelo natural del nómada. — Sus gradaciones. — Las emigraciones y la difusión. — Traslados forzosos de pueblos enteros. — Patria y fronteras. — Rápida variación en las cifras de población. — Mezclas. — Economía del nómada. — Riqueza y miseria. — Guerra y robo. — Desertores de la civilización. — Política de las estepas. — Transición á la vida sedentaria. — Nomadismo y civilización.

En una zona que oblicuamente atraviesa todo el antiguo continente desde los 10° de latitud Sud hasta los 60 de latitud Norte, desde el Atlántico hasta el Pacífico, existen vastísimos territorios, desiertos ó estepas, en los cuales están enclavados á manera de oasis los antiguos países civilizados. Habitan en ellos pueblos que ocupan grandes extensiones, muy movedizos y en extremo influyentes sobre sus vecinos cuyos territorios violan constantemente y cuyas fronteras atacan de continuo; y no contentos con esto penetran hasta el corazón de estas comarcas, las sojuzgan, se establecen en ellas y perturban y destruyen la civilización de sus naturales sin que en esto ganen otra cosa desde el punto de vista de la cultura que asimilársela muy lentamente y aun dentro de determinados límites. Es un hecho de trascendental importancia para la civilización de la humanidad el que estos territorios de los pueblos pastores estén tan íntimamente en contacto con los territorios civilizados del antiguo mundo que la historia de unos y otros se halla enlazada de una manera inseparable. Nuestros mapas de la civilización relativos al África y al Asia demuestran con la gran extensión del territorio de la soberanía nómada la extensión de los avances de estos pueblos que en Asia, especialmente en la India anterior, llegaron, bien que sólo temporalmente, mucho más allá de lo que sus huellas indican. En estas estepas se ha hecho permanente la emigración de los pueblos; ellas constituyen los pastos que recorren las hordas nómadas que aunque faltas de residencias fijas tienen, á menudo impuesta por la necesidad de unirse, una organización sólida y que gracias á esta misma organización han sido con frecuencia el espanto de otros pueblos más perfeccionados y en el fondo más poderosos que ellos pero menos movibles y menos dotados del espíritu de obediencia que á los pastores caracteriza. Para no salirnos de las puertas de nuestro continente citaremos los países llanos del Sudeste de Europa, en el bajo Danubio y en los afluentes septentrionales del mar Negro: en estos territorios un pueblo empuja constantemente á otro y todos se empujan hacia el Este y el Sud, los escitas á los cimérios, los sármatas á los escitas, los avaros á los sármatas, los hunos á los avaros, los tártaros á los hunos y los turcos á los tártaros. Por regla general los testimonios históricos, no nos permiten seguir á estos pueblos más allá del Este del Don que con razón fué en otro tiempo considerado como límite de Europa; de suerte que todas estas corrientes salvajes van á desembocar en el gran mar central asiático-europeo de pueblos. Al contemplar el continuo flujo y reflujo de estas masas, acuden á la memoria las palabras pronunciadas por Enrique Barth en presencia de las ruinas de Garó, la capital de Sonrhay: «Profundamente conmovido contemplé la escena en donde se habían agitado esas admirables y misteriosas olas de pue-

blos que incesantemente se suceden y se enlazan sin dejar apenas huella de su existencia y sin acusar, á lo menos en apariencia, el menor progreso en la vida universal.»

Pronto veremos si algún rayo de luz viene á iluminar esta opinión pesimista. Ya anteriormente (tomo I, pág. 11) hemos hablado aunque ligeramente del nomadismo, manifestando que la sola consideración de la misión necesaria que éste había realizado en el desarrollo de las grandes potencias políticas y civilizadas constituía un punto luminoso en medio de tan sombrías tintas.

Todo país poco fértil y dotado de un clima desfavorable á la agricultura no permite á los pueblos que lo habitan ser



Una berberisca. (De una fotografía).

en él sedentarios sino que les obliga á emigrar. Una población exigua en un territorio vasto significa emigración en gran escala, desaparición de fronteras únicamente fijas allí donde los pueblos se encuentran con frecuencia, empuje de unos á otros, mezcla y desbaste. Así se engendra lo que se llama nomadismo; pero esta palabra tiene otros muchos significados: la vida errante de una horda de bosquimanos que anda en busca de caza y de raíces es muy distinta de la existencia pastoril de los masais y de los árabes; y los tehuelches del Sud de Patagonia, á pesar de la común posesión de caballos que tantas semejanzas hace nacer entre ellos, son muy diferentes de los abiponeros ó tobas y mucho más de los kirguises que al igual que ellos habían crecido juntos con sus caballos. No nos proponemos estudiar aquí á los pueblos cazadores emigrantes que más que obligados por la naturaleza movidos por su propia afición se encuentran en todas las zonas de la tierra y en cualquier territorio por miserable que sea, sino á aquellos nómadas dueños de grandes rebaños que son un gran factor en la historia del mundo antiguo y se contraponen naturalmente á los pueblos naturales. Esos pueblos son pueblos pastores que ocupan vastos territorios, que cuentan un número de individuos relativamente grande aparentemente aumentado por su misma movilidad, que poseen todas las virtudes